

MEMORANDUM DESDE LA HABANA

Por William ATTWOOD

POCOS FUERON los norteamericanos que vieron en el cubano Fidel Castro considerables probabilidades de éxito cuando *Look* informó acerca de su movimiento rebelde hace un año. (*Look*, 4 de febrero, 1958). Era un Robin Hood en la sierra — un loco para algunos, un fascineroso barbado para otros; un hombre liquidado, según una agencia de información de los Estados Unidos. Ahora es el señor de Cuba — el vencedor. Pero aún resulta motivo de controversia. Por esto vine a dar una nueva ojeada a la historia que ha estado ocupando los encabezados de los periódicos todo el invierno.

La Habana se ha vuelto una ciudad alegre y apacible. La Habana "escala en los viajes de placer" está muerta: los prostíbulos para turistas, vacíos; los hoteles de lujo, en apuros; las casas de juego, clausuradas. Pero La Habana cubana está alegre. La gente ya no tiene miedo. La prensa, tanto tiempo amordazada, es libre. Yo vi a los partidarios de Castro barbudos y armados, pulular en las calles y en los vestíbulos de los hoteles, con aspecto de malhechores y conducta de boy-scouts (no se les puede invitar a comer o a tomar una copa: "Gracias, pero dice Fidel que no"). No había policía, pero el tránsito era ordenado y el crimen, difícil de encontrar — quizá, como alguien señaló, porque todos los maleantes estaban en la fuerza policiaca de Batista.

Esta fue una revolución limpia y disciplinada. En las palabras de un viejo amigo cubano: "fue el levantamiento de la gente decente contra la indecencia". Sin embargo, quién sabe qué razón nos hizo equivocarnos al tomar partido.

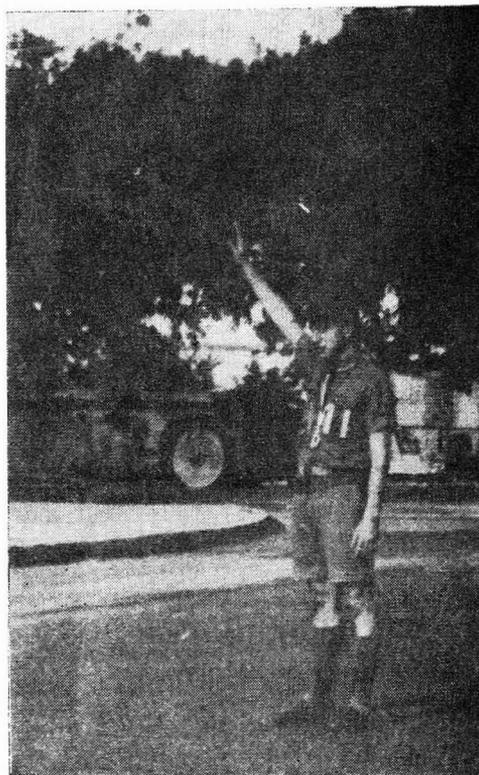
Eso es lo que hace bochornoso el ser americano en La Habana en estos días. Como periodista, se es bien venido en todas partes. La gente está ansiosa de hablar con uno. En las reuniones públicas, le hacen a uno lugar: "para que pueda usted ver la verdad y escribir sobre ella". Pero están heridos e indignados, y se muestran inquisitivos: "¿Por qué apoyaron ustedes a Batista tanto tiempo? ¿Por qué le enviaron misiones militares? ¿Por qué critican las ejecuciones? ¿Por qué están contra nosotros?"

Algunas de sus preguntas son difíciles de contestar, sobre todo cuando se ha permanecido aquí algunos días, hablando con gentes a quienes uno cree y en quienes uno confía, haciéndose una idea de lo que sucedió y está sucediendo. Como periodista que ha pasado más de 20 años en muchos países de ambos lados de la Cortina de Hierro, estoy convencido de que rara vez ha habido un régimen más digno de ser derrocado que el de Batista, y de que rara vez hubo hombres, si así pueden ser llamados, más merecedores de ser ejecutados que los malhechores que llevaron al cabo sus órdenes. Sin embargo, Batista era nuestro aliado — un socio en la "defensa del hemisferio".

Esta es la verdadera historia de lo que inadecuadamente se ha informado en los Estados Unidos. Los pocos cientos de ejecuciones de asesinos (cuyos crímenes fueron comprobados) han sido publicados, porque la prensa ha podido dar fe de ellas con la mayor libertad. Aparecieron en primera plana como acontece siempre que un acto de violencia es presenciado. Y han provocado una piadosa

indignación entre muchos americanos que ignoraban o no se habían detenido a pensar en lo sucedido previamente.

La prensa no fue invitada a las cámaras de tortura de la policía de Batista, donde los sádicos se entregaban sin cortapisa a perversiones imposibles de mencionar aquí. Se procedía en forma repugnante en contra de ciertas partes del cuerpo humano, se cometían atrocidades con las esposas de los prisioneros a la vista de sus maridos, se atropellaba a los niños. Castro asegura que 20,000 simpatizantes de los rebeldes fueron asesinados durante el Gobierno de Batista. Verifiqué esta cifra con el hombre de negocios cubano más conservador que conozco. Me dijo que era probablemente exacta, ya que le constaba que, desde el pasado mes de abril, la gente estaba siendo asesinada a razón de 50 por día.



Un boy scout dirige el tráfico



Aleida March, joven guerrillera

Todo esto sucedió a sólo 90 millas de Florida, tras la respetable fachada de un gobierno cuyo ejército nosotros estábamos entrenando y (hasta marzo último) abasteciendo con armamentos. Sucedió mientras los turistas se divertían con las mujeres alegres de La Habana, o atestaban sus casinos manejados principalmente por gangsters americanos (que compartían sus ganancias con Batista). Y nadie manifestó su extrañeza ante el hecho de que el jefe de la policía llegara a las casas de juego con un séquito de pistoleros.

¿Es de asombrar, pues, que todos los cubanos con los que hablé estuvieran dolidos e indignados? "Si hubieran protestado ustedes entonces", me dijeron, "no resentiríamos tanto sus críticas hoy". Y frecuentemente se me recordó que a los americanos que deploraron los juicios de los esbirros de Batista no se les ocurrió denunciar a los luchadores por la libertad húngaros por haber linchado a la policía secreta comunista.

En el momento actual Castro es para Cuba lo que De Gaulle fue para Francia en 1944. No hay error que pueda cometer. A dondequiera que va —y durante mi visita, iba de un lado a otro de La Habana, de día y de noche— se encuentra rodeado de multitudes que lo adoran. Cuando una noche lo acompañé a atravesar el vestíbulo de un hotel, nos tomó una hora el llegar a la puerta. Escuchaba a todo aquel que tenía algo que decir, y respondía a todo el que tuviera una pregunta que hacer. Estaba exhausto, ronco, pero sostenido por esa oculta fuente de energía sin la cual no podría sobrevivir por mucho tiempo ningún genuino líder político.

Técnicamente, por supuesto, Castro no es un líder político, sino simplemente el jefe del ejército revolucionario. El gobierno está en las manos de los civiles que lo apoyan. Y a medida que esta larga celebración de la victoria se vaya quietando, nuevos partidos políticos empezarán a formarse. El grupo dominante será el de Castro, el "Movimiento 26 de julio" cuyo programa sigue el modelo del *New Deal* de Roosevelt. Tarde o temprano surgirá una oposición, también democrática y anti-batistiana, construida alrededor de los elementos del partido Auténtico. Asimismo, entre los grupos de oposición, se encontrarán los comunistas, que por ahora se esfuerzan en vano por unirse a la caravana de Castro; activos sobre todo en La Habana, harán lo más posible por avivar los rescoldos del anti-americanismo. (Castro no los necesita, pero los dejará operar al descubierto). Las elecciones tendrán lugar dentro de dos años. Ya sea que Castro Ruz lance su candidatura o no, por lo pronto proyecta mantener el control sobre el nuevo ejército como una especie de perro guardián para asegurarse de que el gobierno no traicione las metas de la revolución — esto es, reforma social y económica y un hasta aquí a las malversaciones y a la corrupción.

¿QUIEN LLEVARÁ LAS RIENDAS DEL GOBIERNO?

Felizmente para los cubanos, la suya es una tierra rica; exporta más azúcar que ninguna otra nación en el mundo, casi por valor de 700 millones de dólares al año, muchísimo dinero para una nación

de 6 millones de habitantes. Si el nuevo gobierno tiene éxito en diversificar y racionalizar la economía y eliminar el cohecho entre los de arriba, no hay razón por la que Cuba no sea estable y próspera, a la vez que democrática. El turismo podrá declinar si los casinos permanecen cerrados, pero sólo los propietarios de hoteles (mucho de ellos americanos) parecen estar realmente preocupados.

El mayor problema consiste en encontrar la gente que maneje el gobierno. Esta fue una revolución de jóvenes como Castro (quien sólo tiene 32 años), de agricultores, doctores, abogados rurales, pequeños comerciantes, profesores y clérigos. Como me dijo un cubano: "Los campesinos, los Rotarios y los Leones derrotaron a Batista." Querían acabar con la corrupción, pero una vez hecho esto, no quieren asumir el mando. Quieren regresar a sus fincas y a sus trabajos. Hablé con un alto funcionario, de sólo 40 años de edad, quien dijo que, bajo Batista, el puesto que ahora ocupa valía una fortuna en cohecho; hoy sólo es trabajo pesado y está ansioso de regresar a su casa en Santiago y ocuparse de sus negocios.

El nuevo gobierno de Cuba necesita simpatía y ayuda, más que nuestro sermoneo precipitado acerca de cómo terminar una revolución en la que no tomamos parte. Necesita vendernos más azúcar. Nuestro nuevo Embajador de Carrera, Philip Bansal, puede recuperarle a los Estados Unidos algo del respeto perdido por nuestros dos últimos enviados, nombrados políticamente. Con el conocimiento y la aprobación del Departamento de Estado, su contacto con los cubanos se redujo a los adinerados batistianos, con los que se asociaban en el Country Club de La Habana.

La colonia financiera americana se tendrá que acostumbrar a tratar con funcionarios que no pedirán sobornos a cambio de favores especiales, y policías que no podrán ser incluidos en la nómina de las compañías en casos de líos sindicales. Para muchos, la dictadura de Batista representaba una forma de estabilidad. Pero como un negociante hizo notar: "La competencia que ahora tendremos probablemente será buena para todo el mundo y nos ahorraremos coces."



"¿Por qué EE. UU. envió misiones militares a Cuba?"

ALGUNAS LECCIONES QUE NECESITAMOS APRENDER

Una visita a La Habana en estos días, le recuerda a uno que los americanos tenemos otras lecciones que aprender, lecciones que deberíamos haber aprendido hace mucho tiempo. La primera es que siempre acabaremos en el lado perdedor, siempre que sostengamos líderes impopulares. Lo que hace apenas muy poco sucedió en Venezuela e Irak nos debería haber enseñado esto por lo menos. Y, sin embargo, mantuvimos hasta el final tres misiones militares en Cuba. ¿Puede alguien explicar a los contribuyentes de los Estados Unidos qué útil propósito estaban sirviendo esas misiones ahí? ¿Creía alguien seriamente que el ejército de Batista estaba siendo entrenado para repeler una carga de cosacos rusos en la colina de San Juan? Sus tropas ni siquiera pudieron batir a Castro, cuyo ejército constaba de 12 hombres hace un par de años.

Se oye aducir el argumento de que ya que habíamos reconocido a Batista teníamos que ser amables con él. Pero no fuimos tan débiles de estómago cuando se trató de ayudar a los rebeldes guatemaltecos a derribar su dictadura procomunista. Y nuestros enviados a otros Estados policíacos, como Hungría, no hacen migas con la élite de poder local, como lo hicimos con la pandilla de Batista.

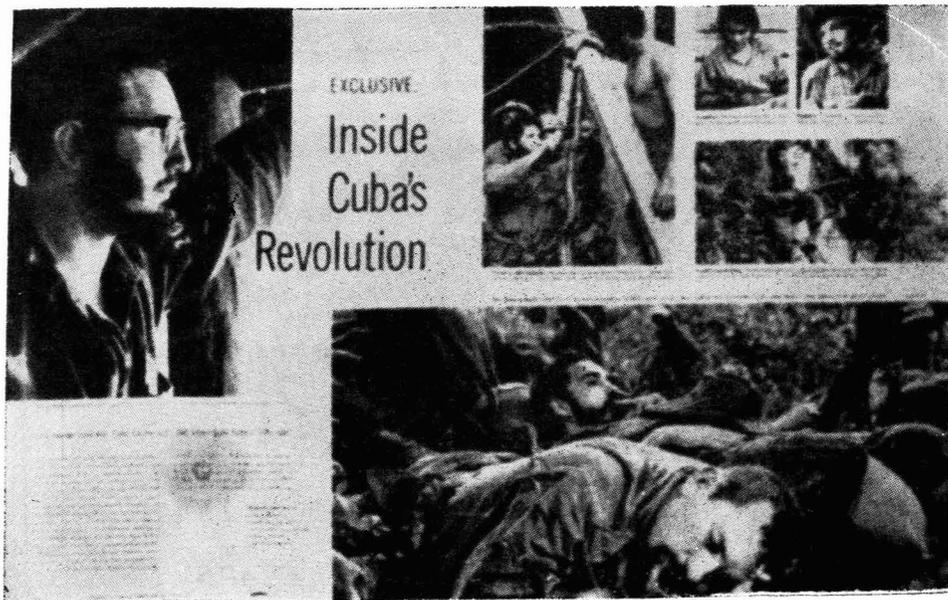
Otra lección que debemos recordar es que ya no podemos considerar a Latinoamérica como pan comido. Los estereotipos ya no pegan. Los peones som-

nolientos y las pintorescas revoluciones palaciegas son cosas del pasado. El levantamiento popular de Cuba fue una lucha por todos y los mismos ideales que pretendemos sostener, contra la clase de tiranía a la que nos oponemos en la guerra fría. Y sin embargo, los comunistas, viendo que el triunfo de Castro era obligado, procuraron estar en su esquina para animarlo mientras nosotros nos manteníamos firmes con nuestro protocolo y nuestras misiones militares. Podemos agradecer a nuestra buena estrella el que Castro no sea comunista; la situación estaba hecha a la medida para ellos. Pero si esto estaba sucediendo en nuestras narices, sería una buena idea empezar a meditar sobre la República Dominicana, España, Nicaragua, Arabia Saudita y unos cuantos de los otros Estados policíacos con los que estamos enredados. En este mundo perturbado y revolucionario, no es aventurado decir que el resultado de la guerra fría depende de que aprendamos las lecciones que nos ha dado esta revolución cubana y las apliquemos en el futuro.

Por último, necesitamos mejor información. Y la lograremos si nos importa lo suficiente: Pero ¿quién se interesó realmente por Cuba — aun cuando hayamos peleado, hecho una guerra para liberarla de España? Sólo un puñado de publicaciones americanas se preocupó por mandar periodistas para ver a Castro en la sierra. Apenas se informó acerca de la brutalidad y la corrupción de la dictadura de Batista, mientras que a millones de lectores americanos se les ofrecían suplementos dominicales pro-Batista, cargados de propaganda. El gestor en Washington y las tres firmas de relaciones públicas de Nueva York empleadas por Batista trabajaron bien; lo mismo que todos los editores cubanos y periodistas que ocultaban los hechos reales a cambio de cohechos o subsidios. La Embajada americana puede o no haber informado acerca de los hechos a Washington; si lo hizo así los informes se archivaron y fueron olvidados.

De cualquiera manera, no nos preocupamos lo suficiente, y el resultado es que hoy un americano se siente avergonzado en La Habana. Batista ha huido a Ciudad Trujillo con su botín; pero se hubiera ido antes y muchas vidas se hubieran salvado y los americanos que ahora critican a Castro hubieran mostrado alguna indignación años atrás. Uno de estos días, si no aprendemos esta lección, muchas gentes pueden cambiar de opinión acerca de lo que apoyamos. Y si eso sucede, sin importar qué tan grandes sucedan ser nuestros proyectiles, nos veremos en aprietos.

—Look, Nueva York, 3 de marzo de 1959.



"Sólo un puñado de publicaciones americanas se preocupó por mandar periodistas"